

**POBREZA Y EXCLUSION PSICOSOCIAL EN EL BRASIL
ALGUNAS CONSIDERACIONES TEORICAS¹
(II PARTE)**

Héctor M. León Castro²

El propósito de este trabajo es investigar la relación que existe entre clase social baja en el Brasil y conducta antisocial. Hay una fuerte asociación entre delincuencia, privación social, inequidad, ruptura familiar, inadecuadas relaciones familiares, inadecuada calidad de los cuidados y la crianza y finalmente los modelos de conducta.

La principal técnica empleada fue la revisión de las historias de vida. Los resultados de esta investigación sugieren una crítica relación entre conducta antisocial, pobreza, influencias sociales. También este estudio revisa los efectos de vivir en la calle, los menores confrontan problemas relacionados a salud, hambre, conducta antisocial y consumo de drogas. Se arguye que la conducta antisocial puede estar relacionada a las condiciones ambientales adversas.

Palabras claves: *Conducta Antisocial, Pobreza, Niños de la Calle, Deprivación Familiar.*

The purpose of this work is to research the relationship that exists between lower social strata in the Brazil and antisocial behaviour. Furthermore, an even stronger association is found for delinquency, a social deprivation and inequality, family disruption, inadequate or weak family relationships, questionable quality of care, questionable child-rearing practice, and finally, the question of models of conduct.

The main methodological technique employed was the examination of life stories. The results of this research suggest that a critical relationship exists between antisocial behaviour, poverty, social influences. Too this study reviews on the effects of homelessness on children, they confront serious threats to their ability to succeed, of particular concern are health problems, hunger, developmental delays, substance use and antisocial behaviour. It has been arguer that in homeless children many features of antisocial behaviour may be situation-dependent artefacts stemming from extenuating circumstances of the homeless condition.

Key Words: *Antisocial Behaviour, Poverty, Homeless Youths, Family Deprivation.*

¹ Versión resumida y traducida del Portugués, del Capítulo II de la Tesis de Doctorado en psiquiatría, presentada por el autor (1997) en el Instituto de Psiquiatría de la Universidad Federal de Río de Janeiro. Brasil.

² Doctor en Psiquiatría, por la Universidad Federal de Río de Janeiro. Jefe del Área de Hospitalización de Mujeres del Hospital Hermilio Valdizán. Profesor de la Facultad de Medicina de la Universidad Ricardo Palma. Perú.
e-mail: Hleon_05@yahoo.com

PROCESO SOCIAL, FAMILIA E INDIVIDUOS

El desarrollo del capitalismo trajo radicales consecuencias en el estilo de vida de las poblaciones, familias y personas. Por un lado, la revolución industrial despersonalizó el mundo del trabajo. El trabajo técnico y complejo de los artesanos y de los obreros calificados de la industria pre-keynesiana, fue subdividido en operaciones limitadas y monótonas, con la finalidad de ser ofertados a precios cada vez mas bajos (Braverman, 1987).

En estas circunstancias, la movilidad individual y familiar de los estratos pobres y muy pobres aumentó significativamente. Producto de esta situación, migraron, en busca de mejores oportunidades, produciendo la ruptura de los antiguos lazos de solidaridad entre los paisanos y al interior de la propia familia.

En gran medida, los jefes de familia pasaron a vivir dos mundos diferentes y ciertamente disociados: el mundo de la casa y del trabajo. Los trabajadores en las fábricas se sienten ignorados y explotados. Todo lo que ganan es rápidamente consumido por las necesidades cada vez más crecientes de la familia. Cuando llegan a la casa, en general, se encuentran cansados, irritados y a veces ausentes. Sobre esta figura, llena de problemas, responsabilidades e incertidumbres, los hijos modelan sus propias vidas.

De manera muy especial, las madres viven una vida llena de restricciones, en cierta medida, segregadas y distanciadas de los beneficios que puede traer el mundo moderno. Si trabajan, generalmente lo hacen en peores condiciones que sus pares masculinos, soportando una doble jornada de trabajo (síndrome de sobrecarga) con negativas consecuencias sobre su salud física y mental (Vidal, 1990)

De cierto modo, por las condiciones socio-ecológicas de los ambientes en que viven y por los escasos recursos que genera su actividad de trabajo, se ven obligadas a dejar a sus hijos con los vecinos o parientes o, en el peor de los casos, los niños tienen que quedarse solos. Esto último se traduce generalmente en un escaso contacto padres-hijos, menor soporte afectivo-relacional y en posibilidades disminuidas para promover las habilidades sociales y tener control efectivo de las conductas de los menores.

RELACION DEL INDIVIDUO Y LO MICROSOCIAL

Naturalmente que en este punto es necesario profundizar algunos aspectos que vinculan los factores micro-sociales y el desarrollo psico-biológico del niño. A pesar de las vicisitudes del concepto, en lo fundamental, se ha aceptado que contextos socio-ambientales que no poseen las mínimas condiciones de habitabilidad, constituyen situaciones de riesgo para el desarrollo psico-social del menor (Wonssewer, 1985; Figueira de Melo, 1991). Por ejemplo, migrantes del nordeste del Brasil que viven debajo de un puente de una gran ciudad tienen nulas posibilidades para proporcionar a sus hijos condiciones básicas de desarrollo físico, emocional, psico-social y cultural.

Es importante no olvidar que cuando los ingresos familiares son escasos, mayores son los porcentajes de los niños con bajo peso al nacer, desnutrición e internamientos por enfermedades graves. Estos niños también, pueden presentar un desfase en su desarrollo motor grueso, siendo que permanecen, en algunos casos, en la etapa de los movimientos básicos, por falta de oportunidades, motivaciones para desarrollar su motricidad.

Así, en un estudio realizado con 322 niños de la ciudad de Pelotas-Brasil, se constató que el grupo de menores perteneciente a las familias con una renta mensual de 1.5 salarios mínimos o menores, tenían un retraso en su desarrollo motor, en relación a los grupos de control de mayor nivel social (Damiani e Barros, 1992). Realmente, desde nuestro punto de vista, los menores de los sectores de baja renta no son inferiores a sus pares de otras clases, pero objetivamente están en una situación inferior, tomando en cuenta las marcadas limitaciones bio-psico-sociales que impone la pobreza.

De otra parte, el hacinamiento que se observa sobre todo en los Pueblos Jóvenes (favelas) parece tornarse estresante cuando la densidad interfiere en el control individual, siendo vivida como una experiencia de frustración, amenaza de escasez, falta de perspectivas, y acaba traducándose finalmente en falta de espacio personal (Tuan, 1983). La vida de un niño en un ambiente colectivizado, constituye una experiencia positiva, por la amplia red de contactos y estímulos de interacción, pero la aglomeración y el hacinamiento con seguridad perjudica su verdadero desarrollo.

Otro atributo importante de la casa es la seguridad, que permite al niño crecer y desarrollarse adecuadamente. Las habitaciones de las poblaciones de baja renta, por las condiciones precarias en que viven, tienen múltiples problemas vitales en el área de protección, constituyendo un importante factor de riesgo para el desarrollo infantil (Vygotsky, 1991).

Asimismo, la calle es un lugar peligroso y hostil, que generalmente altera, en los niños marginales, la capacidad para vincularse con el mundo con un sentido de descubrimiento, pues ellos, aprenderán desde temprana edad a comportarse con desconfianza o temor, y conside-

rarán cada exploración del ambiente como una empresa altamente peligrosa.

Probablemente, este es el mecanismo que puede explicar porqué los jóvenes de la calle muestran un comportamiento desconfiado y distante en su relación con los demás y con el medio ambiente. Con seguridad, la relación madre-hijo también es afectada por la pobreza, pues acaba favoreciendo el trabajo infantil, situación que restringe su derecho al juego y al estudio, que son importantes factores para la maduración cognitiva y social.

También, las familias de baja renta, en promedio, reciben pocas visitas y frecuentan escasamente a parientes distantes; muchas actividades de diversión no son realizadas debido a su costo económico y a las dificultades de acceso. En un estudio realizado por Siqueira (1993) sólo el 20% de los habitantes de bajos ingresos de Sao Paulo, tenían alguna actividad de diversión, situación que generaba un notable empobrecimiento de las oportunidades socio-culturales a favor de sus hijos.

Necesariamente, para enfrentar estas adversidades, tanto los individuos adultos como los niños necesitan de sus familias para restaurar su sentido de seguridad, intimidad y valor; esta situación trae una carga psíquica extra, que sólo familias con adecuada cohesión pueden resistir (Virgínia Satir, 1979).

Definitivamente, la familia y sus pautas de relación constituyen poderosos factores de protección y apoyo para el desarrollo psíquico y social del niño. En ella aprende las correspondientes habilidades cognitivas, afectivas y sociales, construyendo paralelamente su auto-concepto y su visión del mundo. La estructura familiar, es un conjunto invisible de exigencias funcionales que organizan las formas por las cuales los

miembros de la familia se relacionan e interactúan. Tal estructura se expresa en múltiples aspectos, como las tareas de resolución de problemas, comunicación, reglas (jerarquía, límites interpersonales y generacionales, provisión de recursos, crianza y soporte, asignación de funciones, etc.), relación afectiva y control de comportamientos.

De esta manera, podemos afirmar que la pobreza, sobretodo la pobreza extrema, influye negativamente sobre múltiples áreas de relación familiar, desarrollo psicofísico y la propia socialización infantil, contribuyendo a generar rasgos de carácter inadaptativos, sentimientos de frustración, sufrimiento psíquico y a perpetuar la propia pobreza (León, 1995).

Realmente es una hipocresía decir que los niños pobres son solamente portadores de una cultura diferente. En el fondo, esta posición constituye una mistificación de la pobreza, y a su vez, significa tornarse ciegos en relación a las condiciones infrahumanas de existencia de las poblaciones pobres, y sobre todo no olvidar que esta cruda realidad se expresa dramáticamente en la población infanto-juvenil de los habitantes sin techo.

NIÑOS DE LA CALLE EN EL BRASIL

La década del 80 fue decisiva en el proceso de surgimiento de una nueva conciencia y posición en relación a los menores en situación de riesgo y alto riesgo psico-social en el Brasil. Cabe destacar, según Rizzini y Rizzini (1991), que a partir de mediados de los años 70, el problema del menor abandonado paso a ser objeto de atención. Los estudios de este período, provocaron la ruptura de una serie de mitos y preconceptos hasta ese entonces utilizados. Así, se llegó al reconocimiento de que había en el país

millones de menores atacados por la pobreza, debido a una política social injusta

Luego, en base a estas constataciones, surgirían los estudios sobre los niños en la calle y de la calle. Por ejemplo, el estudio sobre los “niños de la calle” realizado por Ferreira (1979), en Sao Paulo, constituye un marco sobre el tema, al traer importantes contribuciones para la discusión del problema. Este estudio destacó las relaciones existentes entre el sistema socio-económico perverso y las estrategias de sobre-vivencia utilizadas por la población pobre, documentando en este sentido que uno de los principales mecanismos era la participación de la mano de obra infantil en la composición del presupuesto familiar.

En este trabajo, Ferreira enfatiza como en estos sectores, la familia, principalmente la madre, orienta al hijo de tierna edad para el aprendizaje de estrategias de sobre-vivencia que paulatinamente lleva al niño a integrarse a la calle. En gran medida, esta investigación y la de Cheniaux, (1982) resaltan que la iniciación del niño en la vida de la calle está directamente relacionada a la pobreza y a la necesidad del niño de luchar por la propia subsistencia y la de sus familiares. A pesar que esta posición es verdadera, es importante señalar que la ecuación pobreza igual a experiencia de la calle es una simplificación de la realidad que no da cuenta de las complejas relaciones entre lo macro, micro-social y lo individual.

Es interesante notar que algunos autores han investigado las actividades marginales o las infracciones de los niños de la calle (Queiroz, 1984; Violante, 1985). Violante desarrolla el concepto del “achorado decente”. Según esta pesquisa, el grupo de niños, “achorados” son aquellos que roban y consumen drogas sin ser descubiertos por la policía. Esta identidad es

valorada en este grupo y debe ser adquirida en contraposición al “cobarde” o sin experiencia en la vida de la calle.

Más recientemente Seligmann et al. (1991), realizaron un estudio con 100 niños de la calle, y consideran que estos menores presentan características propias, valores, formas de pensamiento, que corresponden a su organización y desarrollo mental. Su propio concepto sobre la norma y el delito está en relación a la ética y moral desarrollada en las calles.

En este sentido el robo es considerado como una forma de trabajo, porque a partir de ello obtienen ganancia, no importando que sea robado. En ese contexto, queda claro que la conciencia moral de estos menores se encuentra desfasada de las normas convencionales.

A esta altura de la discusión, caben algunas observaciones. Estos estudios generalmente analizan la conducta antisocial de los menores a partir de los locales de acogida, servicios médicos, y centros de detención, siendo que la etnografía del lado oculto de las calles ha sido poco investigada.

En realidad los investigadores se limitan a sugerir algunas hipótesis de trabajo sobre las formas y las condiciones de las infracciones. Pero objetivamente, no hay estudios que describan el proceso de introyección de las normas de la calle y la génesis de los actos antisociales desde una perspectiva etnográfica. Tales pesquisas, primeramente, revelan el tipo de infracciones cometidas por los menores, donde el robo es lo más común y generalmente esta asociado al consumo de drogas. También, se describen lesiones corporales, delitos contra las costumbres, vagabundaje, etc.

Basadas en esta constatación, Rizzini y Rizzini (1991) afirmaron: “muy poco se sabe so-

bre la vinculación de los niños y jóvenes con las redes del crimen y su actuación en las calles (). No hay registro de pesquisas sobre el caso específico de niños y adolescentes que ejercen de forma sistemática actividades marginales infractoras en las calles como medio de sobrevivencia” (Pág. 83).

De otra parte es interesante señalar que en el Brasil no es reciente, la preocupación por la situación social de los jóvenes en situación de extrema pobreza. Cabe destacar que esta preocupación, a nivel oficial, se ha expresado principalmente en términos de “La necesidad de mantener el orden y la moralidad pública, siendo el propio niño o joven invariablemente penado, bajo la forma de estigmatización y discriminación social” (USU-CESPI-CDI, 1994).

Por lo tanto, es necesario hacernos las siguientes preguntas: ¿Cuál es el significado de menores de la calle? ¿Quiénes son estos niños? Niños y adolescentes de la calle son una categoría que define a los jóvenes pobres que viven en las calles de las grandes ciudades brasileñas. Se describe como toda persona menor de 19 años, que pasa los días en las calles, realizando pequeños trabajos (“cachuelos”), pidiendo limosna, comida o haciendo pequeños hurtos u otros actos antisociales. De noche no poseen un lugar habitual para dormir, pernoctan en alguna institución de asistencia, plaza, calle o eventualmente en la casa de algún familiar.

Según el Fondo de las Naciones Unidas para los niños, en 1991, habían 30 millones de niños viviendo en las calles de las principales ciudades del mundo (apud Forster, 1992). A su vez, el Congreso Nacional de Niños de la Calle en el Brasil (1990), afirma que existirían por lo menos 9 millones de jóvenes que viven y trabajan en las calles de las ciudades más importantes del país.

Según nuestra opinión, no existen datos exac-

tos sobre el número de personas que viven en la calle. En el centro de Sao Paulo, en 1991, fueron encontrados 5,000 habitantes sin techo, entre adultos y niños (Costa et al, 1992). A su vez, en un estudio semejante realizado por el proyecto “Si esa calle fuese mía”, en el centro de Río de Janeiro, fueron identificados 3,700 indigentes adultos y 900 niños de la calle (Cortes, 1993).

¿Como explicar las diferencias entre estos datos consignados y los que proporcionan las organizaciones de defensa de los niños pobres? Desde nuestro parecer esto se debe a varios factores. En realidad, esta es una población móvil y heterogénea que se mueve territorialmente por factores económicos y sociales, situación que dificulta su verdadera cuantificación.

En Río de Janeiro, con frecuencia se observa familias e individuos que usan la calle intermitentemente debido a factores económicos, hechos de violencia social y situaciones climáticas, donde es difícil fijar los límites entre la indigencia y algunas situaciones circunstanciales.

Otro problema fundamental, que debe tomarse en consideración, es la definición de habitante sin techo. Las Naciones Unidas consideran habitante sin techo a toda persona que vive en las calles o en aquellos lugares donde no existen condiciones mínimas de habitabilidad, como los “pueblos jóvenes” donde no hay agua, luz, desagüe, etc. (Costa et al, 1992). Si nos ajustamos a esta definición, los habitantes sin techo serían más de 8 millones. Objetivamente, la complejidad de este problema dificulta su cuantificación, generando importantes dudas y controversias no resueltas.

Sin embargo, la Investigación Nacional por muestras domiciliarias en el Brasil (PNDA) de 1985, preguntó a las familias de este universo, si sus niños alguna vez habían vivido en la calle. El

porcentaje de respuestas positivas fue de 0% (apud Rosemberg, 1991). Este dato se torna relevante y podría indicar que el problema de estos jóvenes en definitiva puede ser mucho menor de lo que se piensa.

Es importante destacar que la categoría niños de la calle, siguiendo las ideas de Alvin (1994), fue desarrollada a finales de la década del 80 por un grupo de técnicos vinculados a UNICEF, FUNABEM (Fundación Nacional de Bienestar del Menor-Brasil) y de la Secretaría de Asuntos Sociales del Ministerio de Previsión Social.

Antes de este período fueron denominados menores, categoría jurídica que, a partir de los años 50, pasa a tener una connotación estigmatizante, y que asociaba la extrema pobreza con la delincuencia juvenil. Luego viene la época de la FUNABEM, donde predominaron políticas de modernización institucional y reformismo doctrinario. Como reacción a este período, se formaron los movimientos de defensa de la infancia necesitada, que desarrollaron proyectos alternativos, utilizando para tal efecto recursos no institucionales, como las casas de día, educadores de la calle, actividades de profesionalización técnica, etc., como alternativa para la resocialización del niño de la calle.

EL MUNDO MARGINAL DE LAS CALLES

La vida en las calles es una experiencia de extrema privación psico-social que se relaciona frecuentemente con desesperanza, desmoralización, sentimientos de impotencia y sufrimiento psíquico. Ciertos mecanismos moduladores y protectores, como las redes y apoyo social, no se encuentran disponibles de un modo rápido, oportuno y estable. Generalmente, los habitantes sin techo están expuestos a mayores niveles

de estrés y a múltiples factores de riesgo, encontrándose en esas circunstancias con escasos mecanismos de ajuste y con menores recursos de intervención psico-social.

En fin, la literatura especializada ha documentado los efectos negativos de esta vivencia en niños y adolescentes. Entre otros, está asociada a altos niveles de estrés (Hagan y Mcarthy, 1992), violencia (North et al, 1994), hambre crónico y desnutrición (Stitt et al, 1994), enfermedades de transmisión sexual (Porto et al, 1994), trastornos emocionales (Zima et al, 1994), problemas de conducta y educacionales (Ziesemer, et al, 1994; Rafferty y Shinn, 1991), consumo de drogas asociado a conductas antisociales (Forst, 1994; Smart y Ogborne, 1994), etc.

Se sabe, de otra parte, que la privación psico-social y la exclusión social pueden disminuir al máximo las capacidades de adaptación del individuo, limitar su influencia personal y, claro está, restringe las oportunidades para conseguir apoyo interpersonal o institucional.

Con claridad, en un estudio realizado por Rostowy (1985) y Apud Arana (1986), se descubrió que el 22% de los sucesos que precipitaron la falta de casa o de techo estaban relacionados con la pérdida del empleo; 16% con el alta de instituciones psiquiátricas o la salida de instituciones carcelarias, y 24% por conflictos familiares. Este último dato ilustra claramente como es posible que, además de las fuerzas sociales y económicas que subyacen al fenómeno de la marginalidad, la familia y el propio individuo pueden jugar un papel importante en este proceso.

De cierto modo, la clasificación propuesta por la UNICEF en 1989, que divide estos niños en niños en la calle y de la calle, constituye una útil clasificación para diferenciar los diversos sectores de niños en situación de riesgo y alto ries-

go. Las principales diferencias entre ellos se refieren al nivel de riesgo a los que están sometidos, la naturaleza de los vínculos que mantiene con la familia y la frecuencia de los actos antisociales. Sin embargo, empíricamente se constata que un niño en la calle, debido a diversos factores puede convertirse en niño de la calle. Un caso opuesto también puede suceder.

De otra parte, es interesante señalar que en los EEUU, en 1976, cerca de 773,000 jóvenes de 10 a 17 años de edad, dejaron sus casas sin el consentimiento de los padres por lo menos por una noche entera (Lewis y Wolkmar, 1993). En ese sentido, huir de casa tiene múltiples significados: puede ser una manifestación de desesperanza, miedo de ser castigado, rabia contra la familia, deseo de ser amado, expresión de consumo de drogas o vínculos con grupos antisociales. La literatura Americana (Miller et al, 1990; Sharlin e Mor-Borak, 1992), en el intento de clasificar esta conducta, propone la siguiente:

a.- Running from : clasifica menores con severos problemas de relación familiar, situación que al tornarse intolerable contribuye para el abandono del hogar, que a menudo es por corto período. Estos jóvenes serían personas más reflexivas y de mayor autocontrol que los "running to".

b.- Running To: describe menores que se implican en actividades prohibidas: consumo de drogas o participación en actos antisociales. Ellos serían más impulsivos y con menos capacidad de autocontrol, siendo sus salidas de casa por períodos más largos.

Es necesario precisar que el acto de huir de la casa transitoriamente, precede a la acción de salir definitivamente a la calle y así transformarse en habitante de la calle (ser de calle). En estos casos, la familia no comprende las verdaderas motivaciones de tal conducta, y responden a ella

con actitudes de rechazo que aumenta la distancia. A veces el menor trata de volver al hogar, pero la dinámica expulsiva le obliga a colocarse definitivamente al margen de ella. Estando en la calle, adoptará un grado de autonomía que con mayor probabilidad, lo vinculará a grupos marginales o de menores de la calle, hecho que lo afirmará en este estilo de vida que a la larga constituye una verdadera subcultura urbana.

Con cierta frecuencia, ya integrado a estas organizaciones, tiene que introyectar sus normas y valores. En ella hay una ética y una moral diferente al de la sociedad oficial. Las leyes del mundo de la calle, obviamente, son rígidas, tienen límites estrictos que deben ser respetados bajo pena de sufrir severos castigos, e inclusive pagar con la propia vida. Robar, en este sentido, es considerado una cualidad positiva, una forma de preservar su dignidad (Seligmann et al, 1991).

También, puede ser una forma de recobrar aquello que les fue negado, o expresión de una resistencia cultural (Leite, 1991). Robar a personas con mucho dinero también es valorado; robar sin ser atrapado por la policía es el ideal del “achorado decente” descrito por Violante. La violencia de las calles entre los miembros del propio grupo, el abuso físico y sexual de los niños sobre las niñas (Moraes et al, 1991), nos remite nuevamente a los niveles de violencia social a la que está expuesto el menor en el Brasil.

Indudablemente, el perfil más conocido de los niños de la calle nos informa que ellos provienen de familias poco estructuradas, con padres alcohólicos o ausentes, padrastros, madrastras, abandonos precoces, criados por parientes o en instituciones (Campos et al, 1994). Generalmente, hay violencia física y explotación de su trabajo, asociado a la violencia entre los padres. Tienen hermanos mayores que salieron de la casa antes que ellos. Algunos describen actos de asesinatos contra los hermanos menores y

fuertes deseos de matar a los progenitores (Seligmann et al 1991).

Pero también es importante destacar como lo señala Durham, (1986), que en las “favelas” y en sus micro áreas más pobres, se vive crudamente los efectos de la violencia estructural, que se manifiesta por los bajos salarios, en el desempleo abierto o disfrazado, en la precariedad de las habitaciones, en la falta de desagües, en la violencia de la policía y de los bandidos asociados al narcotráfico, etc.

Debe ser subrayado que parte de esta violencia se expresa a nivel familiar. El programa SOS niño, del Gobierno del Estado de Sao Paulo, atendió en los cuatro primeros meses de 1993, 4791 denuncias de violencia contra niños y jóvenes (Jornal do Brasil, 11-06-93). Se constató una objetiva relación entre miseria, desempleo y agresiones contra los menores que en un 90% de los casos fue de tipo intrafamiliar. Es bueno recordar que algunos sectores de la población usan la punición física como una vía para disciplinar, pero invariablemente esta conducta se asocia a mayores grados de agresividad infantil.

Una vez que la condición de estar sin techo se establece, el niño puede vivir una experiencia de des-incorporación y separación. El marginado sin techo está incapacitado para obtener apoyo, carece de recursos personales y sociales para escapar de esta condición. La marginación y la exclusión constituyen en conjunto una razón más para mantener una distancia social extrema.

En estas condiciones, la vivencia en la calle actuando sobre sus potenciales vulnerabilidades los expone a un mayor riesgo de patología física, mental, o desvío social. Así, la doble marginalidad, la de vivir sin techo y de padecer una enfermedad, se institucionaliza como un factor que perpetúa el alejamiento social y los lleva a una vida no participante.

REFERENCIAS

- Alvin, R. (1994). Infância das classes populares: A constituição da Infância como problema social no Brasil. In: *O Trabalhador Carioca. Estudos sobre trabalhadores urbanos do estado de Rio de Janeiro*. Elina Gonçalves da Fonte Pessanha (organizador), Rio de Janeiro: J.C editora, serie Ciências Sociais U.F.R.J.
- Arana, J.D. (1986). Marginalidad y enfermedad mental. Acerca del paciente Psiquiatrico sin techo. Lima: INHN. *Anales de Salud Mental*, N^o 2. p. 157 - 168.
- Braverman, H. (1987). *Trabalho e Capital Monopolista*. RJ: Editora Koogan S.A.
- Cheniaux, S. (1982). *Trapaceados e trapaceiros. O menor de rua e o serviço e o serviço social*. São Paulo: Cortez.
- Costa, M.A.V., Bezerra R.E., Maffei C., et al. (1992). *População de rua quem é, como vive, como é visto*. São Paulo: Editorial Hucitec.
- Cortes, C. (1993). Centro virou um mercado Persa. *J. do Brasil* 23-05, pag 24. Rio de Janeiro.
- Damiani, M.F. e Barros, F.C. (1992). Desrespeito ao pobre? renda familiar e desenvolvimento motor em crianças pelotenses. *Cad. Pesq. São Paulo*. (83): 52-57.
- Durham, E.R. (1986). A sociedade vista da periferia. *RBCS*, Num 1 vol.1 junho, pag 84-99.
- Ferreira, R. (1979). *Meninos de rua: Expectativa e valores de menores marginalizados em São Paulo*. CEDEC. SP: Editora poligráfica Ltda.
- Figueira de melo, M.C. (1991). Segregação sócio-espacial na cidade de São Paulo e marginalização da criança e do jovem. *Cad. de Pesquisa. São Paulo* (78): 5-15.
- Forster,L., Barfos, H., Tannhauser, S.L., Tannhauser, M. (1992). Meninos na rua: relação entre abuso de drogas e atividades ilícitas. *Revista APB-PAL*. 14 (3): 115-20.
- Forst, M. L. (1994). A substance use profile of delinquent and homeless youths. *J. Drug. Educ.* 24(3): 219-31.
- Hagan, J., Mc Carthy, B. (1992). Streetlife and delinquency. *Br. J. Sociol.* 43 (4): 533-61.
- Leon Castro, H. (1995). Transtorno de conduta em crianças e adolescentes de rua no Brasil. *J. Bras. Psiq.* 44(8):403-409.
- Lewis, M. e Wolkmar, F. (1993). *Aspectos clínicos do desenvolvimento na infância e adolescência*. Porto Alegre: Ed. Artes Médicas.
- Leite, L.C. (1991). *A magia dos invencíveis: os meninos de rua na escola Tia Ciata*. Petrópolis: Vozes Ltda.
- Miller, A.T., Eggertson-tacon, C., Quigg, B. (1990). Pattern of runaway behavior within a larger systems context: The road to emporwerment. *Adolescence*. Vol. XXV (98): 272-89.
- Moraes, A., Rocha, C., Ramirez, F., De Castro, L.M. (1991). A menina, a vida, a cidade. *Revista de Cultura Vozes*. Petrópolis: Vozes. p. 517-535.
- North, C.S., Smith, E.M., Spitznagel, E.L. (1993). Is antisocial personality a valid diagnosis among Homeless? *Am. J. Psychiatry*, 150 (4): 578-583.
- Porto, S.O, Cardoso, D., Queiroz, H., Andrade, A. et al. (1994). Prevalence and risk factors for HBV infection among street youth in central Brazil. *J. Adolesc. Health*, 15(7): 577-81.
- QueirozJ.J. (1984). *O mundo do menor infrator*. São Paulo:Cortez.
- Rafferty, Y., Shinn, M. (1991). The impact of homelessness on children. *Am Psychol.* 46 (11):1170-9.
- Rizzini, Irene, Rizzini, Irma (1991). “Menores institucionalizados e meninos de rua: os grandes temas de pesquisa na década de oitenta”. In *O trabalho e a rua: crianças e adolescentes no Brasil urbano dos anos 80*. UNICEF - FLACSO. São Paulo: Cortez.
- Rosemberg, F. (1991). Indicadores sócio-demográficos de crianças de O-6 anos no Brasil. *Rev.Bras.Cres.Des.Hum.* 1(1): 99-109.
- SantosN.G. (1993). Contexto sócio ambiental de crianças urbanas de baixa Renda. *Rev. Bras. Cresc. Des. Hum.* II.(1). São Paulo. 1993.
- Seligmann, A.S., Gorayeb, R., Lebensztanjn, B., Kosin, M.D., Snitcovsky, M. (1991). Observações sobre o universo mental das crianças de rua. *Revista ABP-APAL*, 13 (3): 85-96.
- Smart, R.G., Ogborne, A.C. (1994). Street youth in substance abuse treatment: characteristics and treatment compliance. *Adolescence*, 29(115): 733-45.
- Sharlim, S.A., Mor-Barak, M. (1992). Runaway girls in distress: motivation, background and personality. *Adolescence*, Vol 27 (106): 388-405.

- Siqueira, A., Oliveira, D., Rabinovich, E.P., Satir, V. (1979). *Terapia do grupo familiar*. RJ: Livraria F. Alves Editora S.A. 4ta edição.
- Stitt, S., Griffiths, G. Grant, D. (1994). Homeless and hungry: the evidence from Liverpool. *Nutr. Health* 9(4): 275-87.
- Tuan, Yi-Fu (1993). *Espaço e Lugar*. São Paulo: Ed. Difel.
- USU-CESPI-CDI (1994). *A menina e a adolescente no Brasil. Uma análise da bibliografia*. RJ: editora universitária Santa Ursula.
- Vidal, E. (1990). Costos psicosociales del doble papel de la mujer, como asalariada y como ama de casa. *Revista Latinoamericana de psicología*, Vol. 22 (1): 161-167.
- Violante, M.L.V. (1985). *O dilema do decente malandro*. São Paulo: Cortez Editora.
- Vygotsky L.S. (1991). *A formação social da mente*. RJ: Martin Fontes.
- Wonsewer, I. (1985). Pobreza en la infancia, estilos de desarrollo y crecimiento económico. Montevideo: *Boletín del Instituto Interamericano del niño*. No 224.
- Zima, B.T., Wells, K.B., Freeman, H.E. (1994). Emotional and behavior problems and severe academic delays among sheltered homeless children los Angeles country. *Am.J. Health*, 84(2):260-264.
- Ziesemer C., Marcoux L., Marwell, B.E.. (1994). Homeless children: are they different from other low-income children? *Soc. Work*. 39 (6): 658-68.